

>

C

O

N

C

U

R

S

O

S

Y

C

E

R

T

Á

M

E

N

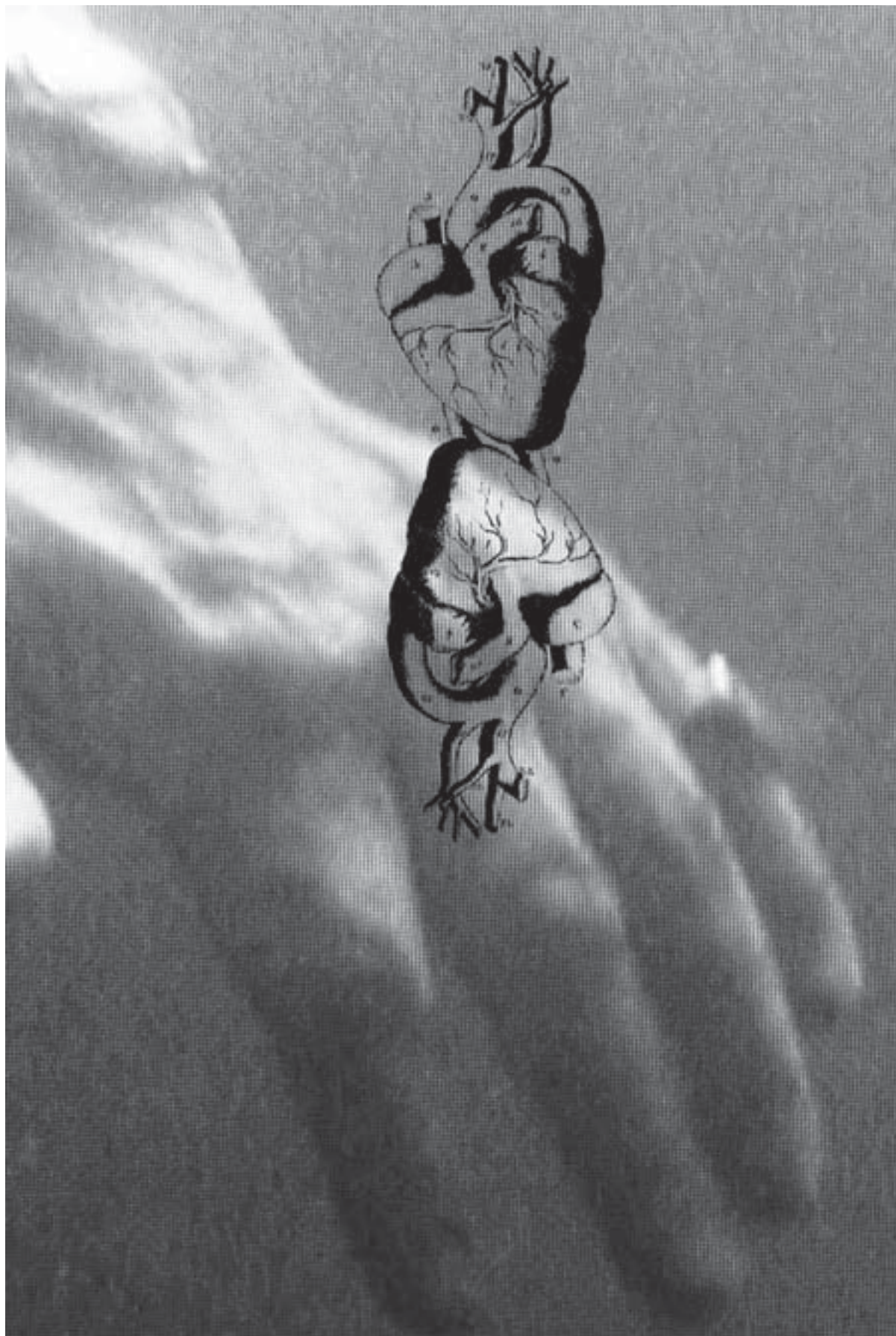
E

S



**XVIII CONCURSO INTERNACIONAL  
DE RELATOS CORTOS  
“JUAN MARTÍN SAURAS”**

ILUSTRACIONES: MANUEL GRACIA GASCÓN



# Primer Premio

## *El Derrumbe*

### Gustavo Alejandro Salvioli

Revisó por última vez la caída de la entropierna del pantalón, se miraba de soslayo en el vestidor, de espaldas al espejo y, sabiendo que la atenta mirada del sastre lo estaba observando, no se permitió hacer ningún gesto de aprobación anticipado.

La fiesta de graduación de su nieto era en apenas una semana y éste era un detalle saliente. Hacía casi dos décadas se había comprado su último traje y pensó que ya era hora de lucir una imagen diferente en las fotos familiares.

A esta altura de su vida no eran muchas las cosas que podían arrancarlo de su rutina. Pero afortunadamente, este acontecimiento ya tan cercano, lo había obligado a visitar al sastre casi con la misma frecuencia que a su médico clínico.

El traje le caía muy bien, incluso el color, un crudo natural algo cercano a las fronteras del beige (un color –este último– que desde siempre le había parecido inexpresivo y hasta ficticio dentro de la escala cromática reconocida, pero a sus casi setenta años –sesenta y ocho para ser exactos– ya no quería rivalizar con ese tipo de argumentaciones) y, aunque sabía que ya no habría ningún otro cambio, acordaron una última prueba en setenta y dos horas, de tardecita, cuando el viejo sastre se levantaba de su religiosa siesta.

Un apretón de manos confirmó la visita y selló el acuerdo: el viernes a las cinco de la tarde. Salió al corredor. Olía a humedad, atorada bajo los añejos zócalos de madera. El olor lo llevó a su infancia; más precisamente al salón de actos de la escuela “Bernardino Rivadavia”, allá en su pueblito de calles de tierra.

Pudo verse ensayando en el coro, junto a sus amigos de siempre, preparando la que sería la fiesta de fin de curso. Después de eso la vida, encargándose de ubicar a cada uno en un camino distinto. En un velero esperanzado, para el que no siempre soplarían buenos vientos...

Y antes que la voz de la directora se hiciera audible, volvió al corredor. Al edificio donde ahora vivía el sastre de la familia. Don Emilio, el mismo que había conocido yendo a su local hacía casi cuarenta años atrás, cuando éste –siendo muy joven– supo administrar una sastrería en plena calle Lavalle, heredada de su padre; pero que, durante la última década, la llegada de los grandes shoppings y la última inflación habían terminado por sepultarla.

Ahora apenas cosía para los viejos clientes, los de siempre; en su modesto departamento de barrio.

A pesar del guiño que le hizo el ascensor al verlo, prefirió las escaleras. Esa caja enrejada no parecía confiable.

–Apenas son tres pisos, *se dijo*. Y empezó a bajar los escalones revestidos en mármol, con la soltura de un treintañero.

Desde siempre le había gustado caminar. Se había criado en un pueblo pequeño del interior de la provincia, donde los carretones y las bicicletas eran los vehículos de gran porte y las mayores estridencias: el campanario de la iglesia o la ocasional caída de granizo.

Ahora caminaba por la avenida Santa Fe y a pesar del ruido del tránsito le parecía oír nada más que sus pisadas, tal vez, porque aún no había regresado del todo de esa evocación de sus raíces.

Quiso “desconectarse”, quizás para entrar de lleno en esos recuerdos. Pero se acordó de su médico y también de sus dos hijos. Se lo habían prohibido.

Vivía solo desde hacía casi nueve años. Cuando poco después de cumplir los sesenta, el corazón de su amiga y compañera de toda la vida se había agotado y, con ella, buena parte de él se había diluido. Nunca más logró ser el mismo. Fue como si de golpe un feroz invierno lo hubiese deshojado sin piedad, mucho antes que el inexorable otoño de la vida lo alcanzara. Y así, desnudo y casi sin hojas, el paso de los días se convirtió en un tránsito penoso y mucho más difícil de lo esperado.

Comprendió que ya nadie vendría a cobijarse bajo su añorada sombra y su destino ya no superaría los límites de la contemplación. La vida se había convertido en propiedad de los otros. Lo suyo sería durar y apenas esperar esas tardecitas primaverales, en las que el sol parecía quedarse un ratito más sobre su vieja corteza, dándole un mimo esperanzador que al menos lo ayudaba a seguir un rato más de pie, como un árbol, junto a los suyos.

El primer mimo se llamaba Alejandro. Su primer nieto. Próximo a graduarse de la escuela secundaria. Después venían María y Rafaela, sus bellas doncellas a las que no veía desde hacía casi un lustro, cuando agotadas todas las opciones su hijo menor debió buscar su destino en el exterior. Afortunadamente, encontró lo que buscaba, pero la moneda de pago había sido el desarraigo.

Cruzó la avenida y vio llegar a su colectivo. Corrió apenas unos metros y lo alcanzó, entonces su imagen se esfumó de la calle como por arte de magia. Era hora de regresar.

El barrio de Constitución, desde su temprana llegada del interior de la provincia (cuando por decisión de sus padres, después de perder todo bajo las aguas de un temporal memorable en la zona, vinieron a probar suerte a la Capital), se había convertido rápidamente en su lugar de pertenencia. Algo tan extraño como literal.

Lo cierto fue que en aquellos primeros días, donde todo era diferente y hasta atemorizante para el recién llegado, la descarnada honestidad de sus calles y la soledad coagulada en esos miles de rostros sin nombre que parecían estar deambulando en ellas desde siempre, le fueron otorgando –con el correr de los años– una dosis de agresiva vitalidad tonificante, que lo fue moldeando de a poco, haciéndolo parte del paisaje. Incluso, y sin poder nunca percatarse de ello, convirtiéndolo en una pieza más de ese caótico rompecabezas urbano.

Y así, con la misma lentitud con que una araña teje su tela, su espíritu silvestre se fue asfaltando y sus sueños acrisolándose en el cemento de las anchas avenidas. Y todo hecho a espaldas suyas, con el mayor sigilo posible. A sabiendas de estar consumándose un suicidio programado.

Así fue como, sin darse cuenta, digirió de golpe su infancia; entre abrazos maternos añorados y caminatas eternas desde el Instituto Froebel, su escuela de barrio.

Después vendrían los años de juventud madura, la deserción temprana a la universidad y la angustiada pérdida de sus padres. Lo demás fue dureza y vacío, hacerse a los golpes. Hasta que llegó ella.

La vio venir por Bernardo de Irigoyen en sentido contrario a su marcha, era una tarde extrañamente primaveral, en pleno agosto. Buscó con insistencia esos ojos almendrados, pero su mirada no tuvo respuesta, así y todo no dudó en cruzar la calle. Se subió al mismo colectivo que ella, y empezó a alejarse de nuevo, cuando en realidad cada partícula de su cuerpo, en el éxtasis del cansancio, se moría por regresar.

Por esos días trabajaba en una fábrica de vidrio, en Lanús, y casi siempre llegaba molido. Pero ese día nada le impidió hacer un recorrido de cuarenta y cinco minutos, otra vez en dirección a provincia, sin quitarle los ojos de encima ni por un segundo. Y mientras se mantenía así, distante pero pegado a ella, ensayó mentalmente miles de frases sin lograr hallar esas palabras mágicas que lograran cautivarla. Se bajó detrás de su perfume sin saber qué hacer y, cuando parecía que la perdería para siempre al doblar la esquina, aquella rubia bajada del cielo, se dio vuelta y le dijo:

—¿Pero es que no vas a decir nada? ¿Para eso me seguiste hasta acá?

La primera reacción fue de desconcierto, de no saber qué decir. Después se miraron con una profundidad flagrante y durante ese arqueo minucioso se dijeron miles de cosas en silencio; al final, se rieron juntos hasta terminar abrazados, como si se conocieran de siempre. Fue un abrazo intenso, lleno de dulzura, que los acompañó durante toda la vida.

Ahora caminaba en dirección a su casa. Un edificio viejo y descolorido de rasgos victorinos que, a pesar de sus más de ocho décadas de vida, se mantenía en pie sobre la calle Piedras, casi al límite con San Telmo. La presencia amputada de vegetación, el gris plomo uniformando el paisaje doméstico y esa especie de abulia adherida a sus calles componían un cáliz de difícil ingesta para cualquier visitante desprevenido. Rafael ya no veía ese entorno. Lo tenía impreso en la retina desde hacía años y casi podía caminar por esas calles con los ojos cerrados. Pero claro, él veía el paisaje de antaño, el de su adolescencia peregrina, y no éste, lleno de abandono y caos ecléctico, en el que las mutaciones urbanas eran moneda corriente y, entonces, no era para nada extraño ver que un viejo cine de barrio pasara a ser, de un día para el otro, una iglesia evangélica o un centro de autoayuda universal.

Sí, podía decirse que Rafael cumplía con todos los requisitos nunca escritos del “porteño ilustrado”, pero no se sentía así; es más, muchas veces (como hoy quizás) se sentía recién llegado, aunque ahora, con la esencial diferencia de saber a qué atenerse y qué hacer, según las circunstancias.

Llegó al hall del edificio y subió al ascensor como si entrara a la ducha de su casa. Era llamativo (para aquellos que lo conocían) ese vínculo “amistoso” que parecía unirlos.

<Algo bueno debió haber pasado dentro de esa caja alguna vez, para que haya logrado superar esa sensación de ahogo que, invariablemente, sufría en cualquier otra>.

La puerta tijera se cerró y su cuerpo comenzó a elevarse. El germen de un añejo recuerdo se abrió paso en su galería de archivos mejor guardados, mientras la cinta de escalones de mármol que lo rodeaba lo observaba con velada complicidad desde todos los ángulos posibles y —con el habitual concierto de imperceptibles chirridos de fondo que siempre acompañaban el ascenso—, en vano, parecía ofrecerle mejores servicios.





Entró al departamento. Todavía se mantenía en la sala el perfume de las flores; incluso –según la hora del día y los designios del sol– también se percibía esa extraña luminosidad que, de a ratos, ofrecía el colorido de sus pétalos. Hacía ya tres días que Sandra, su nuera, había pasado a saludarlo para recordarle lo de la fiesta de graduación.

“Diez y media en punto en el salón de actos, no vaya a olvidarse Rafael”, con esa frase se había despedido. Pero en realidad, aquello había sido solo una excusa para pasar a verlo y saber cómo andaba, cómo se las arreglaba en ese mundo de silencio resuelto.

Desde que Amanda había fallecido, nunca le gustó esa sociedad de hecho que, su suegro, había trabado con la soledad, y encima estos últimos meses las lluvias nocturnas parecían más fuertes y frecuentes que de costumbre. A Rafael le dolían esas tormentas; y Sandra percibía que en cada una de ellas él se ahogaba un poco más. Resignado y convencido que así debía ser.

“Diez y media en punto en el salón de actos”, pero ni falta que hacía, él lo recordaba a diario y ahora, con ese estridente ramo de violetas, iba a ser más que imposible olvidarlo.

Encendió la luz del velador porque la luz del sol ya no llegaba al cuarto piso, eran más de las seis de la tarde. Apenas un resplandor amarillento había quedado en el dormitorio, pero no era suficiente para el ya endurecido cristalino de sus ojos, y la luz de la araña que colgaba del cielorraso, en realidad nunca le había gustado, arrojaba sombras demasiado trágicas, *decía*.

Encontró el pañuelo que buscaba y se sonó la nariz un par de veces, se estaba resfriando a pesar de los cuidados y las casi siempre desoídas recomendaciones del médico. Por fin, obedeciendo a su estómago volvió a la cocina, no sin antes dejar sobre la mesa de luz sus audífonos. Finalmente “se había desenchufado”, prefería los sonidos de su propio silencio antes que el bullicio ajeno hacinado detrás de las ventanas del departamento. Además, tenía mucho que charlar con ella, desde hacía varias noches había elaborado fundamentos sólidos para su respuesta, después de que le adivinara sus intenciones de profundizar drásticamente su ostracismo. Cruzó el umbral del cuarto, pero necesitó volver la vista atrás, como si se olvidara de algo. Los ojos fueron directo a la superficie de la mesa de luz, sabía que Federico, su hijo mayor, se lo recriminaría, casi todas las noches lo llamaba para saber cómo le había ido durante el día y a pesar de que las charlas –breves y monótonas– eran siempre las mismas, en el fondo a él le gustaban, lo hacían sentir vivo, latiendo un poco en el pulso de otros. Donde la sangre no era ese charco rojizo, casi inmóvil, definiendo a las claras una vida coagulada; seca, casi sin hilo en el carretel.

Pero hoy no iba a escuchar el teléfono, ni ninguna otra cosa que no fueran sus pensamientos.

El velador quedó encendido, distante, como un amigo esperando su regreso. Rafael ya estaba en la cocina.

La pava en el fuego silbaba apenas mientras levantaba temperatura; sobre la mesada en una tabla más vieja y ajada que sus propias manos, un queso provolone y unas rodajas de pan esperaban la primera cebada, para recién entonces acompañar la seguidilla de amargos que estaba por tomar. Era una ceremonia ritual esperada, en la que su soledad se cambiaba de ropas y en su boca el dejo del mate se mezclaba con el sabor de la esperan-

za. Cualquiera que pudiese verlo pensaría que se trataba de alguien que había perdido la razón. Un sordo poniendo música en un viejo wincofon. El long-play giraba con la presteza de siempre y Rafael esperaba sentado, mirando a través de la transparencia de la ventana, adivinando su llegada justo cuando la púa alcanzara el tercer surco y “Venecia sin ti” empezara a vibrar en sus oídos y también en los de ella.

La charla comenzó y esta vez Rafael tenía mucho para decir.

A lo lejos, detrás de las lejanas cúspides ornamentadas de la estación de ferrocarril, un centelleo de relámpagos cada vez más frecuentes avizoraba una tormenta.

La grieta lateral aún no era demasiado visible, pero, estructuralmente hablando, el edificio ya no era el mismo. La homogeneidad mecánica de su esqueleto ferroso mostraba inequívocos síntomas de fatiga. Sus nueve pisos, construidos sobre la base de una longeva combinación de hierro, mampostería y vidrio templado, empezaban a desconfiar de su armoniosa verticalidad. El camino hacia el colapso había empezado. Silencioso y paciente, como esa lluvia porfiada, que llevaba a cabo su incansable trabajo de desgaste con la complicidad de la noche.

Ya hacía dos días que la lluvia se había instalado en la ciudad de manera ininterrumpida. El agua parecía brotar del pavimento como si se tratara de una vertiente natural, de un paisaje cotidiano. Desde ayer a la tarde, cuando el hilo del horizonte se tensó definitivamente de manera borrascosa –haciendo suponer una prolongada estadía del mal tiempo– Rafael había decidido no involucrarse sentimentalmente en ese clima de nostalgia que siempre le traía la lluvia, sabía que de ese modo tarde o temprano volvería a ser arrastrado hacia aguas más profundas, y esta vez no se sentía con fuerzas suficientes como para volver. La primavera no terminaba de sentar cabeza y, de a ratos, parecía llevar puestas algunas prendas invernales demasiado pesadas para él.

Había dormido más de la cuenta, quizás como un modo de escaparle a la lluvia y ahora hacía horas que leía de espaldas a la vida, que todos sus pensamientos giraban en torno a la atrapante ficción resuelta en la exquisita prosa de Sábato. Afuera, empeinado, el aguacero se había convertido en una música de fondo que, a pesar de ser ignorada por los oídos suplementarios de Rafael, cumplía a rajatabla su mandato supremo: horadar sin piedad las profundidades de su viejo corazón anestesiado.

De repente, un rayo de sol inexplicable atravesó las paredes grises de la tormenta fundiéndose en el libro abierto que lo había mantenido cautivo durante las últimas tres horas y media. Rafael levantó la vista y pudo ver aquel ojo luminoso brotando de las mismísimas entrañas de la eternidad. Era la representación exacta del oasis celestial que tantas veces había soñado. Pero, así como llegó, súbitamente se esfumó delante de sus ojos con la misma urgencia de una exhalación agitada.

Quedó pensativo frente a la ventana, buscando una explicación para el extraño suceso que acababa de vivir. La imagen de Amanda se adhirió al cristal de la ventana y enseguida al de sus propios anteojos; parecía querer darle aviso de algo, traducirle quizás esa señal de las alturas. Pero él se había cegado en la luminosidad de su cara, haciendo fondo en el puerto almendrado de sus ojos.

<La imagen se fue>.

Del haz de luz, solo una tenue estela que parecía haber olvidado el camino de regreso aún daba vueltas por la cocina, pero ya pronto moriría bajo la cadencia monótona de la lluvia. La lluvia, que ahora arreciaba y, finalmente, había logrado poner de mal humor a Rafael.

Cerró el libro y masculló algunas frases ofensivas mirando el cielo tormentoso. Se preguntó cómo haría mañana para volver al sastre. Un fabuloso trueno pareció responderle con sorna. Se sacó con rabia el audífono y se fue a acostar sin cenar. En su cabeza bullía la tormenta junto a ése y otros tantos pensamientos evocativos. No imaginaba una buena noche de descanso. La inundación que lo había traído a Buenos Aires siendo apenas un niño volvía a tomar su cota de mayor crecida.

La luz del velador se apagó, Rafael se acostó de espaldas a la ventana; maldijo a la lluvia una decena de veces y, preparándose para el aluvión de recuerdos que esperaban agazapados debajo de la almohada, vio la imagen de sus padres tratando de salvar en vano las pocas pertenencias que tenían.

El silencio de la noche se quebró, el teléfono no paró de sonar durante largos minutos, pero Rafael ya estaba lejos de allí, chapoteando en el barro de la angustia y la adversidad.

Eran casi las siete de la mañana cuando se despertó sobresaltado, como si un mal presagio –insistente– le hubiese tocado el hombro hasta despertarlo y, sin saber qué hacer, terminó sentado en la cama con la mirada perdida en la fluctuante claridad que se filtraba por la ventana. La tormenta parecía haberse tomado un respiro, pero el halo de calor y humedad que ahora dominaba el ambiente era insoportable. La lluvia daba vueltas, acechando, como una fiera salvaje esperando que <el otro> tomara la iniciativa.

Con la puntualidad que lo caracterizaba –paraguas en mano– llegó a las cinco de la tarde al departamento del sastre. La prueba sería un trámite redundante, pero también una ceremonia que ninguno de los dos querría obviar. La caída del pantalón era perfecta y el chaleco, ligeramente entallado, realizaba la postura del saco dándole un aire juvenil a su vieja osamenta apenas encorvada. La mirada de aprobación de don Emilio terminó de convencerlo, el traje por fin estaba listo, solo quedaba esperar la ansiada fiesta de graduación, en apenas algo más de setenta y dos horas: el martes “diez y media en punto en el salón de clases”. La frase volvía a su cabeza, con la estridencia y entonación que ninguna otra voz podía tener, excepto la de su nuera.

Se bajó del pequeño podio dándoles la espalda a los dos grandes espejos en los que por un instante le pareció haberse visto con veinte años menos y sin advertir el leve desnivel tropezó torpemente al bajar, pero por fortuna el viejo sastre logró contenerlo aunque no pudo evitar que aquel movimiento desgarrara la costura de la entrepierna del flamante pantalón. Se cruzaron las miradas, hubo risas nerviosas y hasta una puteada contenida en la boca de Rafael. Lo cierto era que el traje dormiría otro fin de semana en la improvisada sastrería.

No muy lejos de allí, precisamente en el viejo edificio donde Rafael vivía desde hacía más de treinta y cinco años, un quejido herrumbroso brotó de las entrañas cementicias más debilitadas y, con la velocidad de un rayo, ascendió brutalmente hasta una de las cargas laterales de la medianera sur. Se abrió una nueva grieta profunda como una cicatriz permanente, como una mueca del destino que, por ahora, no parecía tan temible desde el exterior como en realidad lo era. Un zurcido acuciante clamando por un sastre.

Se alegró de haber llevado el paraguas cuando constató que se había largado otra vez. La lluvia había regresado, pero ahora más fría y penetrante que antes. El viento era una molestia adicional que prácticamente le impedía caminar, por suerte el colectivo lo rescató a tiempo. Mientras viajaba, aislado de la crudeza de la calle, veía cómo se cerraban las puertas del cielo adelantando llamativamente la oscuridad de la noche.

Suspiró aliviado, como cuando era un chico, cuando por fin se vio dentro del departamento.

—Estoy a salvo, *pensó*.

Dejó el paraguas contra la puerta, purgando las sobras de lluvia y de su propia nostalgia sobre el piso de mármol; y mientras calentaba con la hornalla al mínimo los restos de una sopa sobrante del mediodía, se quitó la ropa mojada y aprovechó para darse una ducha caliente.

Tenía frío y sabía muy bien todo lo que venía después.

—Papá, ¿qué pasó que no me atendías? Nos tenías a todos preocupados.

La voz, del otro lado del teléfono, sonaba genuinamente angustiada pero con un dejo marcial innegable. Era su hijo mayor, Federico, que “recitando” la letra de su mujer no paraba de atosigarlo con indicaciones y recordatorios.

Las respuestas monosílabas de Rafael finalmente lograron tranquilizarlo. Por fin, con letras de molde y por enésima vez, se despidió recordándole fecha y hora del tan esperado evento familiar.

La sopa se había enfriado un poco, de todos modos terminó de tomarla, ya era tarde para recalentarla. Miró de reojo la novela que por esos días estaba leyendo, pero la imagen audible de su hijo mayor fue más fuerte. Prefirió acostarse en compañía de sus buenos recuerdos, lejos de la lluvia y las presiones familiares.

El sonido, pasadas las once y media de la noche, fue extraño, inusual; pero audible para cualquiera de los habitantes del edificio. Claro, excepto para Rafael que ya estaba desconectado del mundo, sumergido en su planeta secreto, lleno de silencios y expectación. El gemido, proveniente de lo más profundo de la edificación, se pareció más a un lamento que al desplazamiento de hierros y mamposterías.

Nadie se inmutó, quizás creyendo que se trataba de un mal sueño o de un sonido ajeno a sus vidas. Incluso la lluvia, que de todos modos siguió cayendo indolente, ahora también sobre aquellas grietas que parecían bocas abiertas muertas de sed y aturdimiento.

A la mañana siguiente se levantó estornudando. Mala señal. Encima el clima seguía espantoso, lloviznaba fuerte y el viento aullaba detrás de las ventanas como un alma en pena. Más que primavera parecía el peor de los inviernos. Recordó de inmediato aquella noche de junio espantosamente fría, hacía casi una década. Por un segundo sintió en el pecho la tibieza de ese calor inconfundible, el calor de Amanda. De su Amanda. Habían terminado durmiendo abrazados, juntos como dos adolescentes, abrigándose con el corazón.

Se puso los audífonos y todos los sonidos que ya estaban en su cabeza se amplificaron en forma dramática. En la heladera no había muchas provisiones, pero sí las suficientes como para esperar hasta el lunes, cuando por fin se haría del traje y la fiesta estaría ahí, al alcance de la mano.

Las horas del día fueron pasando monótonas, con la acritud vandálica de una lluvia que parecía interminable. La mañana se había desvanecido por completo deglutida —a deshora— por una tarde cruda como pocas. No fue raro entonces que, en una de las pocas contemplaciones de Rafael sobre otra cosa que no fuera su novela, advirtiera que la noche se había instalado con sus ropas más oscuras y amenazantes.

Así pasó el fin de semana, con la parsimonia dolorosa que solo la mano de un verdugo podía igualar.

De todos modos el domingo a la noche hubo una pausa en la tormenta y esta vez parecía definitiva. Rafael miró al cielo con desconfianza, como si no creyera lo que estaba viendo; las estrellas —al final— le arrancaron una sonrisa sin dientes. Después, cuando la luna nueva logró transformar sus dudas en certezas, recién se fue a dormir, no sin antes preguntarse qué haría esa gente allí, en la esquina, mirando hacia arriba...

El audífono desde hacía horas descansaba sobre la mesa de luz. A su lado, una nota a modo de recordatorio enlistaba una serie de asuntos pendientes, en los que sobresalía su visita al sastre. No eran mucho más de las diez de la noche cuando golpearon con fuerza la puerta del departamento. El timbre también sonó insistente durante largos minutos. Finalmente el encargado dedujo que el viejo ermitaño del cuarto B ya no estaba en casa. La mayoría de los propietarios se habían autoevacuado pasadas las seis de la tarde.

El edificio, por precaución, estaba siendo revisado por los bomberos y la Guardia Civil. La rajadura lateral se había convertido en un surco alarmante y la inestabilidad estructural era creciente; por eso, las tareas de apuntalamiento y evacuación eran indispensables.

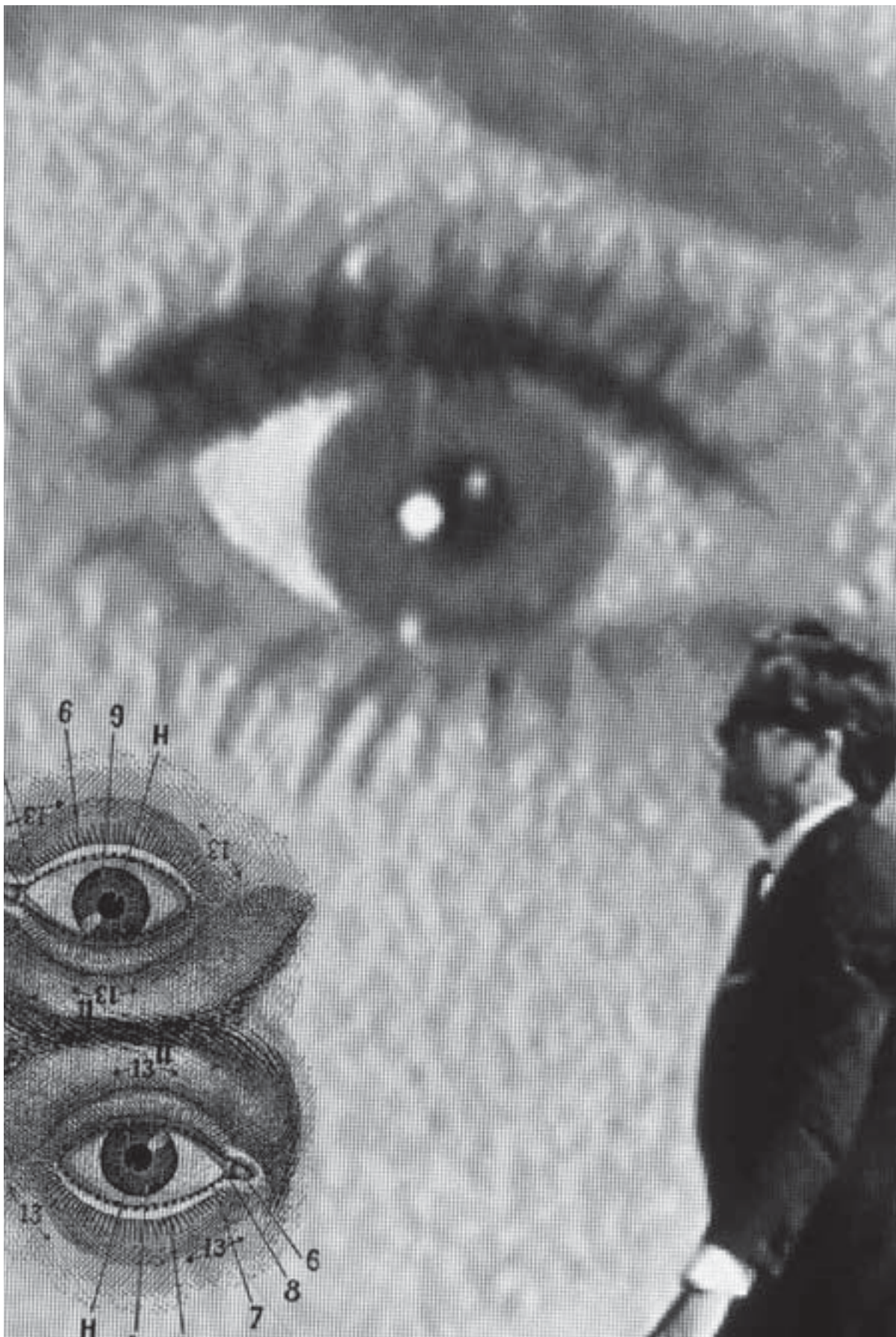
Lejos del caos urbano que se estaba gestando frente al edificio, en ese mundo de ensueño en el que desde hacía tiempo se sentía más a gusto, Rafael caminaba junto a su novia por las calles de su viejo y añorado barrio de Constitución. Se los pudo ver saliendo de la Parroquia Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción, acunando un tesoro entre las manos y mostrando una sonrisa de oreja a oreja que contagiaba a los circunstanciales peatones de la avenida Independencia. “El casamiento ya tenía fecha y hora” y ellos no podían ser más felices.

El teléfono rompió el silencio una vez más en el cuarto B, el llamado era de larga distancia, la vocecita capsulada en el éter, la de una de sus nietas. Una de sus princesas queriéndole contar que mañana a la tarde estarían con él. Que ésta era la última escala programada en el viaje desde Madrid. Que, finalmente, la reunión de toda la familia se iba a lograr después de más de cinco años.

Pasadas las seis de la mañana se produjo el derrumbe. Las fuerzas vivas de la ciudad aseguraban que todo estaba bajo control, incluso en los inmuebles linderos. Que, afortunadamente, no había pérdidas humanas que lamentar porque se había actuado a tiempo y de manera eficiente.

La remoción de los escombros, lenta y desprolija, echó por tierra esas declaraciones. Rafael surgió de las ruinas como un lamento desoído; un canto a la desidia.

Fue el martes, a las diez y media en punto.



## Segundo Premio

### *Estorbo vivo*

## Miguel Sánchez Robles

Todo empezó despacio, como un suicidio lento con ácido sulfúrico.

Yo tenía siempre prisa, pero no sé en qué momento de mi vida dejé de tener prisa. Primero ocurrió eso y después fue olvidar, llegar hasta este estado de no saber si el hombre que descubrió la Ley de la Gravedad era Búfalo Bill o el Dínamo de Kiev, de no saber si esa mujer delgada, inglesa y rubia, que se casó con un príncipe y se mató en un mercedes negro se llamaba Ezra Pound o si las mujeres se llaman Ezra o para qué sirven las líneas de la mano o las floristerías, ¿para qué sirven las floristerías, esas floristerías que son como “una selva bien educada” y se titulan siempre “Bambú”?

La primera cosa que se me olvidó fue siete por ocho, de eso sí me acuerdo. Siempre me había costado recordar esa cifra. Desde pequeño me atrancaba un poco en ese resultado y, un día, lo olvidé para siempre. Luego toda la tabla. Después de la tabla comencé a olvidar cosas más sustanciales y genéricas a una velocidad de por lo menos noventa y tantas veces al día. ¡Dios, cómo olvidaba cosas! Me vino un ántrax de olvidar y se borraron de mi cabeza casi todos los números y los nombres que uno se va aprendiendo en vida de memoria: el deneí, la fecha de nacimiento, los teléfonos de los seres queridos, el nombre de los seres queridos, las direcciones de los seres queridos..., hasta los mismos seres queridos o querer a lo seres se me olvidó, hasta esas verdades que trabajan siempre para el statu quo se me olvidaron.

Era un fenómeno esféricamente estúpido. Sabía estar en la vida, manejar el lenguaje, utilizar correctamente un secador, afeitarme con espuma los cercos de la boca, echarme pomada, descongelar el frigorífico, freírme unos huevos, lavar la ropa, ir al médico del seguro, retirar dinero de una ventanilla de la caja de ahorros... Pero se me olvidaban determinadas cosas a chorros, a lo mejor sabía lo que significaba statu quo, pero no sabía quién era Cristiano Ronaldo o no sabía el nombre de los locutores del telediario, ni qué quería decir El Pontevedra o Lendoiro o velcro o *paspartout*, no sabía el nombre de las calles, ni la marca de los ascensores de la Torre Eiffel, ni la marca de los motores de los aviones Falcom 2000EX o la altura del obelisco de Washington, ni tan siquiera sabía qué era ni para qué servía un washington y mucho menos un obelisco. Una vez le pregunté a alguien por la calle:

—Oiga, por favor ¿Qué es un washington? ¿Para qué sirve un washington?

—¿Un washington, un washington, un washington...? Eso me suena a negro, señor, a persona de color.

Me respondió así y pensé que aquel hombre estaba también en proceso de olvido como yo. Como yo que no sabía sumar ni dividir ni restar. Me parecían operaciones totalmente idiotas y superfluas, innecesarias para seguir viviendo de la manera en la que todos está-

bamos viviendo, porque yo tampoco creo que después de todo esto que estamos viviendo ahora vuelva a haber vida alguna vez.

Por no saber, ni tan siquiera sabía lo que eran los kilómetros, ni tan siquiera sabía cuál era en todas partes la causa de tanta risa sin ninguna alegría. Encendía el televisor y no entendía de qué se reían. Abría un semanario y no entendía de qué se reían en las fotos los duques de Luxemburgo o Espartaco no sé qué. ¡Cómo olvidaba cosas y dejaba de entender cosas! Al principio tuve miedo. Me acuciaba esa sensación de perderlo todo de golpe que te da cuando te diagnostican una cirrosis o algo por el estilo. Sin embargo veía muchachas en las cafeterías o en los parques y pensaba en lo que me gustaría estar sentado cerca de sus bocas.

Me estaba convirtiendo en una especie de animal extraño que había olvidado su edad. Incluso su rostro. Hubo una temporada en la que le tenía pánico a los espejos. No quería asomarme a ellos por si no conocía al que había allí.

Entonces pensé que tendría que llegar un momento en el que debería fundar un territorio propio para mí, en que tendría que rotular las cosas para saber lo que son. Escribir en adhesivos amarillos: esto es luz, esto agua, esto pan, esto es perro... Me pasó con la escarcha. Una mañana, al salir a la calle, la hierba del suelo estaba preciosa, tenía una capa brillante como de ceniza de hielo extraterrestre y yo no supe acordarme de cómo se llamaba eso. Cerré muy fuerte los ojos, con la voluntad absoluta de saber ese nombre y me vino de pronto: ¡escarcha!, y una voz interior vino como a decirme: "La escarcha del jardín es como el rastro que dejaron los ángeles anoche". Entonces comencé a vislumbrar que no tenía que fundar nada, que mis olvidos eran selectivos y humanos, no crueles y casi benignos, que estaba dotado para olvidar y vivir al mismo tiempo.

Fui al médico. Le conté lo que me ocurría y no me hizo mucho caso. Me dijo que era una especie de analfabetismo nuevo y saludable. Se levantó. Me dio unas palmaditas en la espalda, mientras me acompañaba a la salida y me dijo, eso sí lo recuerdo perfectamente:

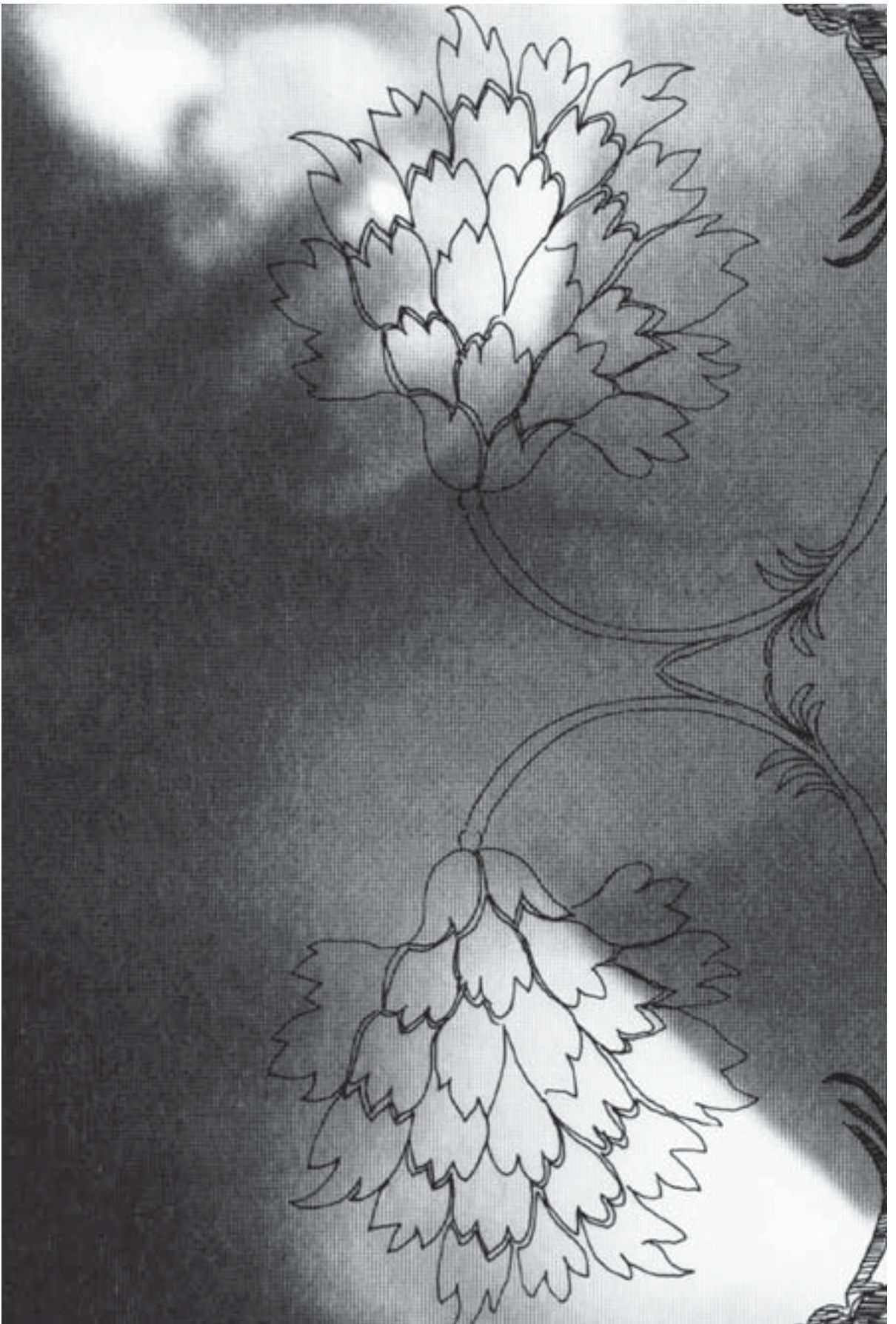
–La vida es una obra de teatro muy sencillita en su argumento, muy sencillita en su argumento.

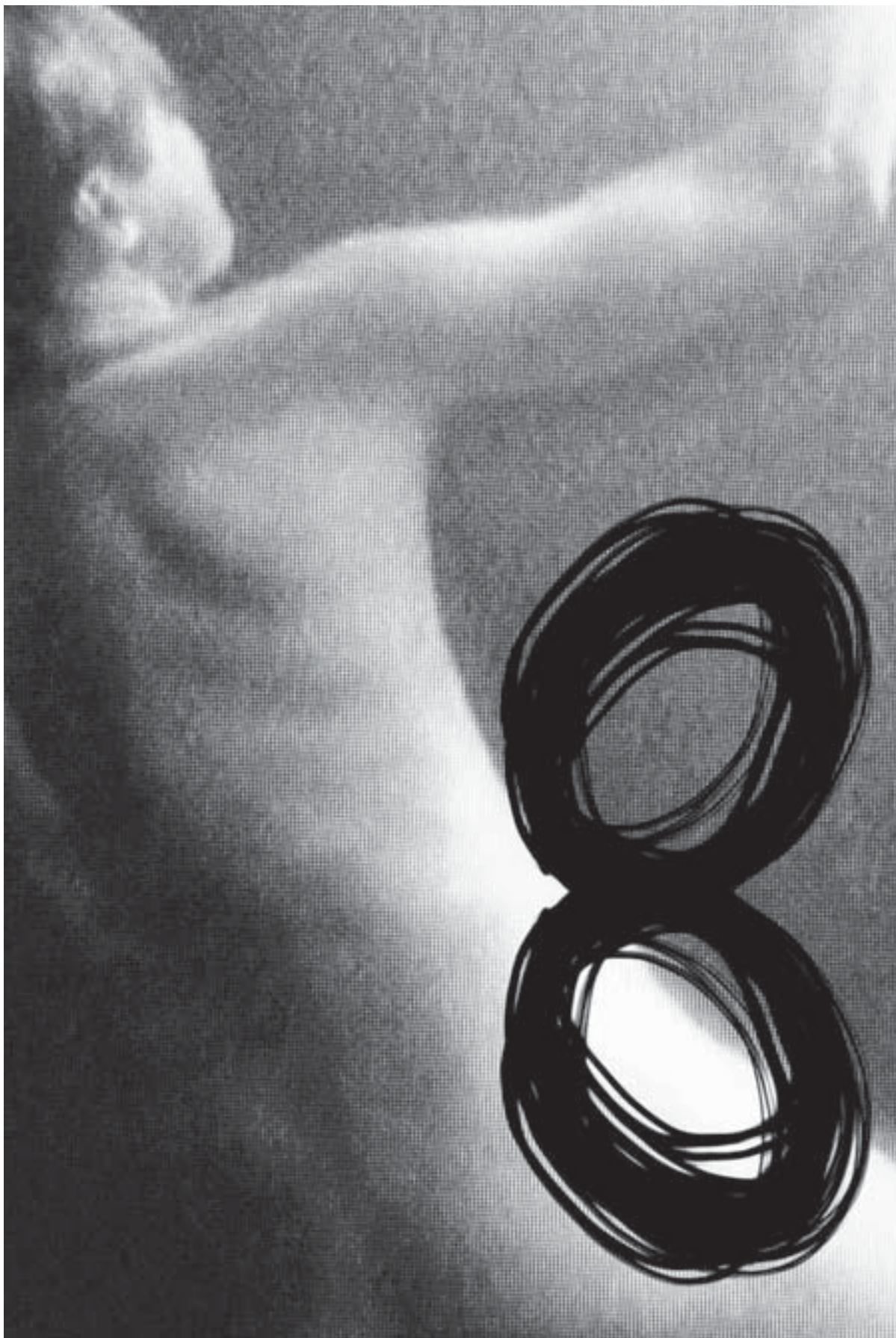
Y comencé a asumir mi situación. Continué olvidando sin cesar. Cada vez más. Incluso con ahínco. Es tan sano olvidar con ahínco. Darte la gana de olvidar cómo se llama el presidente de tu país y esa cosa de cristal donde se echan papeles que llamamos votos. Darte la gana de no querer saber nada de lo que ocurre en el mundo y olvidársete todas las marcas. Y entrar a un supermercado y elegir los productos tapándote los ojos y pasar las hojas de los periódicos en un bar sin leerlas, tapándote hasta la nariz.

En algún momento de todo aquel proceso creí que podría llegar a vivir como los ciegos caminan en la luz con las manos abiertas y ofrecidas al aire para no tropezar. Pero qué va, olvidar me salvaba o algo así. Aquel analfabetismo nuevo era redentor, me hacía más poderoso y casi más humano. Olvidaba. Olvidaba. Olvidaba. Olvidar era mi síndrome favorito. Era como una mejora de la especie. Como un paso más en la selección natural de las especies que formuló ¿Anastasio? ¿Pérking? ¿Dusttin Hoffman? ¿Beltrán Cazorla?

A veces los olvidos eran luminosos. No sabía responder a una encuesta que me hacían por la calle. No sabía qué era gol. ¿Qué es gol? Sé que hay una cosa que se llama gol, pero no sé exactamente lo que es ni para qué sirve un gol o para qué sirve el dato exacto del pro-







ducto interior bruto de Somalia. Es tan hermoso no saber nada acerca de esas cuestiones. Abrir una revista o ponerte delante de un televisor y darte absolutamente igual la importancia de lo que estás viendo, si es que de verdad hay una importancia, porque a mí, con los olvidos, también se me fue al carajo la importancia, y sólo me fijo en si la gente que sacan lleva o no lleva zapatos color trigo o tiene cara de liebre o de pero de alcuza.

Y a la par que olvidaba, descubría otras cosas, me adentraba en un mundo de conocimiento sustancial. Descubría que el tiempo va haciendo de nosotros gente quieta que estorba. Descubría que “mi soledad era como un vientre de pescado que se había quedado frío besándome la boca”. Descubría el deseo y la belleza de unos labios abstractos que pudieran besarme despacio el reloj de morir que hay en el pecho. Llovía y me gustaba mucho ver llover y pensar esas cosas. No saber nada del mundo oficial y sentir esas cosas. Llovía, veía llover, y siempre era una lluvia triste y sucesiva diciéndome que llovía sin sentido, que llovía en mi vida, que llovía porque sí, mientras yo no sabía nada de nada y alguien me estaba cambiando de sitio el corazón o los pliegues, todos los pliegues del cerebro.

Mi existencia se estaba convirtiendo en esa tranquila compasión de quien decide persignarse al ver pasar una virgen. Mi vida me decía: “Porque todo es igual y tú lo sabes”. Estaba recién jubilado y me persignaba con mucha tranquilidad ante el paso de los años, las semanas, las décadas, los meses... Ni tan siquiera me servía de nada acordarme o pensar en cuando era más joven cómo era yo en los bares, cómo era yo en los bares. Algunas tardes hablaba solo, en realidad mantenía conversaciones con el crepúsculo. Me sentaba en una mecedora verde frente a las cristaleras de la terraza de mi piso de Alcobendas y le decía al crepúsculo:

–Vivir se me hizo cuento, crepúsculo–.Y él me respondía:

–Así es la vida, te hundes y de nuevo haces pie y de nuevo te hundes hasta que un día ya vives bajo el agua. Pero en la vida a veces los que pierden ganan. En la vida a veces se vive bien así bajo el agua.

Siempre me sirven mucho las cosas que el crepúsculo me dice, pero me preocupaba un poco hablar solo y que me ocurriese todo aquello que me ocurría desde que estaba jubilado. Entonces volví a ir al médico, a otro médico, y me diagnosticó: Selección natural. Dijo que me envidiaba, que a él le gustaría saber persignarse y olvidar, que a él le gustaría algún día mantener una conversación tranquila con el amanecer o el crepúsculo, y que me iba a recomendar para que me estudiasen en la universidad de Boston. Ni tan siquiera me mandó pastillas. Dijo:

–Lo suyo es un auténtico caso de mejora de la especie, como cuando se nos cayó el rabo o nuestros genes dejaron de recordar cómo se regeneraban las membranas amputadas. Hay unos peces estúpidos que todavía no han olvidado eso.

Desde ese día algo me dice en mi cabeza: “¡Percha, Tonet, Percha!”. No sé si me llamo Tonet, si algunos hombres se llaman Ezra o Tonet, tampoco sé lo que quiere decir perchar, pero percho, creo que esto es perchar, olvidar es perchar, no recordar a mi esposa muerta es perchar, no darme cuenta del abandono al que me sometieron mis hijos cuando me trajeron a este asilo es perchar, no permitir que nadie me visite, ni ver nunca a mis nietos es perchar, que se me borre todo eso es perchar, mejora de la especie, estar aquí tan solo con ese temblor en las manos que me vuelca la sopa es perchar. Y percho. Todos los días

percho olvidando las cosas. Siete años perchando en este asilo de Albacete. Sin recibir a nadie. Sin mirar las fotografías de mi esposa y mis hijos que no aparecen nunca por aquí, porque yo no lo quiero, porque hago como si no los conociese o tuviese un alzheimer, hago como si se me hubiesen olvidado todas las cosas de este mundo que es necesario olvidar para que todo no te duela demasiado y poder vivir bien bajo el agua. En realidad estoy bien bajo el agua y me importa una mierda siete por ocho o que algo se llame Cristiano Ronaldo o Dínamo de Kiev.

Mi cabeza ahora funciona como una máquina imperfecta, con una anarquía que tal vez no sea posible controlar con fármacos. Mi mundo ahora es un mundo sin otro. Sin recuerdos que puedan calentarme un poco el corazón. El mundo de este verso que aún no he olvidado: "No nos une el amor, sino el espanto". Y vagamente recuerdo que yo nací en el capitalismo, de eso estoy seguro, y le cuento al crepúsculo que yo nací en el capitalismo y que lo que más me gustaba del capitalismo eran las tiendas llenas siempre de cosas hasta agotar existencias, hasta agotar existencias, y de que todos teníamos una especie de manía por aprovechar la vida o por comprar Calgón, pero que a mí no me importaba mucho el mundo sólido, ordenado, secuenciado y burgués en el que vivíamos la gente de las ciudades de este continente que se llama ¿Calcuta? ¿Puede ser Calcuta o se llama Tiresias? Y recuerdo una crisis económica y que todo el mundo se estaba volviendo nervioso y descreído y de cómo los viejos estorbaban en las casas de los hijos casados y de cómo se mueren de cáncer de páncreas las esposas y te dejan dentro del pecho una amputación del sentido mismo de la vida. Pero sólo al crepúsculo. Sólo hablo con él en este asilo donde juntamos todos nuestra respiración para vivir un poco más o por si duele vivir. Sólo a él le pregunto cuestiones de la índole de para qué sirve estar sentado o por qué esa manía que tienen las cosas de agarrar siempre polvo, de agarrar siempre polvo.

A veces pienso que todo el mundo me mira y se alegra un poco de que yo esté tan solo y no sepa las cosas, y no sepa las cosas. A veces tengo la sensación de haber corrido de año en año equivocadamente para llegar a nada, para llegar a nada, para llegar a nada. A veces pienso: Lo que más envejece es el olvido. A mí me envejeció. Ya no me nacen arañazos cuando espero y ahora sólo me miro las venas de los brazos lentamente o me cuento los dedos de la mano. Pero, a rachas, una alegría azul llega a mi vida y entonces siento pena por lo que vendrá después de mi futuro, pena de una vida que yo nunca veré. Y también agradezco estar en este sitio. Aquí donde me tratan como a un loco benigno y vitalicio.

Dicen que soy un ángel. Me miran como a un ángel. La enfermera de los martes dice que soy un ángel. La asistente social que lleva pantalones negros de cuero ajustados dice que soy un ángel. El celador que me afeita dice que soy un ángel. Todas las monjas azules que me dan la sopa o me ponen el termómetro o me llevan en mi silla de ruedas de un lugar a otro dicen que soy un ángel. No sé la edad que tengo. No sé el rostro que tengo porque nunca me asomo a los espejos. En realidad es mejor que acabe no sabiendo quién soy, no sabiendo quién soy, no sabiendo quién soy. Y mientras tanto, ellos siempre me acarician la cara o el cabello y después dicen algo, siempre me dicen algo o me hacen preguntas que yo nunca respondo porque no hablo con nadie, jamás hablo con nadie, jamás digo otra cosa ni emito otras palabras, como si tuviera demencia, orgullosamente tarugo o algo así, con locura benigna o algo así, siempre digo lo mismo, siempre digo lo mismo:

—Yo tenía siempre prisa, pero no sé en que momento de mi vida dejé de tener prisa. Dicen que soy un ángel. Pero me llamo Olvido.

